

A TU LUZ VEMOS LA LUZ

11 de julio de 2026

Solemnidad de san Benito, patrono de Europa

*Porque en ti está la fuente de la vida,
y a tu luz vemos la luz (Sal 36,10).*

EL MUNDO EN UN RAYO DE SOL

Este versículo del Salmo 36 (35) describe muy bien una experiencia que san Benito vivió aquí, en Montecasino, en su celda. La narra san Gregorio Magno en el capítulo XXXV del segundo libro de los *Diálogos*. Después de haber mantenido una conversación espiritual con Servando, abad de un monasterio cercano, y tras haber descansado un poco, Benito se levantó para orar y, mientras velaba, tuvo una visión: «Vio que una luz difundida desde lo alto había puesto en fuga las tinieblas de la noche. Su resplandor era tal que, aunque brillaba en medio de la oscuridad, superaba incluso la misma luz del día. Mientras permanecía así en contemplación, sucedió algo verdaderamente admirable, como él mismo contó más tarde. El mundo entero, como recogido en un solo rayo de sol, fue puesto ante sus ojos».

Nosotros experimentamos nuestra historia personal, aquella en la que estamos inmersos, y la historia más amplia de la humanidad, como algo fragmentado, disperso, desarmónico y dividido. Benito, en cambio, posee una mirada que reconduce toda dispersión y toda fragmentación hacia la comunión y la unidad. Además, en los *Diálogos*, Gregorio precisa que esto sucedió no porque el mundo se hubiera hecho más pequeño, sino porque el corazón de Benito se había dilatado. Nosotros estamos siempre tentados de reducir la realidad a nuestra propia medida; Benito vive el dinamismo opuesto: su corazón y su vida se dilatan hasta la medida inconmensurable de Dios y de su mirada, y, por tanto, también hasta la medida de un mundo «otro», según la visión de Dios y su deseo. La realidad en la que habitamos es compleja, con frecuencia fragmentada, dispersa e incluso conflictiva. No disponemos de muchos medios para cambiarla; a menudo debemos aceptarla en toda su complejidad, sin pretender, ni correr el riesgo de reducirla de manera ingenua o indebida. Es nuestro corazón el que debe encontrar esa unidad que nos permita habitar la complejidad de la historia sin padecer una fragmentación o una dispersión interior, buscando, por el contrario, una unificación de la que pueda brotar una mirada transfigurada, capaz de contemplar toda realidad a la misma luz de Dios. «¡A tu luz vemos la luz!»

El papa san Gregorio sitúa esta visión al final de la vida de Benito. Conviene recordar brevemente lo que él mismo coloca en el origen de su itinerario espiritual, especialmente al comienzo de su conversión y de su opción por la vida monástica. Gregorio narra que la nodriza de Benito, que permaneció a su lado incluso después de que abandonara sus estudios en Roma, pidió prestado un cedazo de barro para cribar el trigo. Accidentalmente,

el utensilio cayó al suelo y se rompió en dos pedazos. Benito, compadecido por las lágrimas de la mujer, se puso a orar y, milagrosamente, el cedazo apareció completamente reparado, «sin la menor señal de rotura», precisa Gregorio. A nuestros ojos, el episodio puede parecer banal, incluso insignificante. ¿Por qué tantas lágrimas por un sencillo utensilio de barro, probablemente de escaso valor? ¿Y por qué pedir a Dios el prodigio de recuperarlo íntegro?

Sin embargo, para san Gregorio Magno y según su sensibilidad espiritual, este episodio, por sencillo y doméstico que sea, adquiere un profundo valor simbólico. A través del cedazo roto quiere mostrarnos cómo Benito vuelve a unificar lo que estaba dividido, cómo hace de nuevo uno lo que se había partido en dos.

En este sencillo gesto se esconde y se revela, para Gregorio, todo el significado de la experiencia monástica: es un camino orientado a unificar aquello que con frecuencia experimentamos como dividido, separado, desarmónico, e incluso fragmentado y conflictivo. Y lo que ha de ser unificado no es, ciertamente, un cedazo de barro, sino nuestro corazón, nuestra vida y nuestra propia persona.

Además, san Gregorio sitúa la visión luminosa de Benito poco después de la muerte de su hermana Escolástica y del último diálogo que mantuvo con ella, durante el cual Benito tuvo que comprender que «pudo más quien más amó». Vivir bajo el primado del amor es la condición para permanecer en la luz, como recuerda san Juan en su primera carta: «Quien dice que está en la luz y odia a su hermano, permanece todavía en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz, y en él no hay ocasión de tropiezo. Pero quien odia a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas y no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos» (1 Jn 2,9-11).

PAZ, LUZ, COMUNIÓN FRATERNA, ESPERANZA

Teniendo presentes la experiencia contemplativa de san Benito y estas consideraciones iniciales, comprendemos mejor el significado del itinerario en cuatro etapas que hemos trazado para acercarnos progresivamente a la celebración del Jubileo de 2029, cuando conmemoraremos los mil quinientos años de la fundación de Montecasino. Cada etapa se centra en un tema, contemplando Montecasino y todos los demás monasterios benedictinos como lugares de paz, de luz, de comunión fraterna en la caridad y, finalmente, de esperanza. No se trata de palabras o de temas simplemente yuxtapuestos unos a otros. Es necesario, más bien, comprender los vínculos que los unen, permitiendo que se integren mutuamente. La paz no es solamente ausencia de conflictos, sino que nace de un corazón que, al ensancharse, llega a ser capaz de armonizar y unificar, configurando una mirada distinta y transfigurada sobre el mundo y sobre la historia. Permanecer en esta luz tiene como condición, y al mismo tiempo hace posible, permanecer de manera estable en la comunión fraterna, viviendo bajo el primado de una caridad que aprende a no anteponer nada al amor de Cristo. La paz, la luz y la comunión en el amor se convierten así en los pilares que

sostienen la esperanza; y, a su vez, la esperanza alimenta nuestro compromiso por la paz, se hace luz que ilumina el camino y, de este modo, nos educa para caminar juntos hacia un futuro diferente, sosteniéndonos mutuamente mediante los vínculos de una sincera comunión fraterna. Esperar implica, en efecto, la actitud de quien sabe aguardar junto con los demás y, sobre todo, sabe sostener, con lazos de fraternidad y de paz, la espera de quienes por sí solos ya no son capaces de hacerlo y no esperan nada más, ni siquiera el amanecer de un nuevo día sobre sus vidas.

LA APERTURA DE LOS OJOS Y LA DE LOS OÍDOS

La luz de la esperanza es lo que cada mañana nos despierta, como recuerda san Benito en el Prólogo de su Regla.

«Levantémonos, pues, de una vez, como nos exhorta la Escritura: Ya es hora de despertarnos del sueño. Abramos los ojos a la luz que viene de Dios y escuchemos con los oídos atentos y llenos de admiración lo que cada día nos proclama la voz divina cuando nos exhorta: *Hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestro corazón. Y también: Quien tenga oídos para oír, que escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias. ¿Y qué es lo que dice? Venid, hijos, escuchadme: os enseñaré el temor del Señor. Corred mientras tenéis la luz de la vida, para que no os sorprendan las tinieblas de la muerte.*»

Todo auténtico despertar requiere unos ojos que se abran para contemplar la luz irradiada por Dios y unos oídos que, a su vez, se dispongan a escuchar su Palabra, su *Logos*, que el Espíritu dirige a las Iglesias y, en la Iglesia, a cada uno de nosotros. Iluminados por esta Palabra, que es lámpara para nuestros pasos (cf. Sal 119,105), podemos caminar e incluso correr en la luz de la vida, permaneciendo como hijos del día aun en medio de las tinieblas de la noche, como recuerda repetidamente san Pablo en sus cartas, exhortando a los cristianos, iluminados por el bautismo, a seguir siendo hijos de la luz e hijos del día.

El camino hacia el año 2029 que recorreremos aquí, en Montecasino, se entrelaza así, de manera sabia y fecunda, con el itinerario propuesto por el Abad Primado para toda la Confederación Benedictina, articulado en torno a las cuatro ciudades fundamentales de la biografía y del itinerario espiritual de san Benito: Nursia, lugar del despertar; Roma, lugar de la escucha; Subiaco, lugar del crecimiento; Montecasino, lugar de la plenitud. La luz y la escucha, que caracterizan la segunda etapa de este itinerario espiritual, solo pueden comprenderse plenamente en su mutua relación, ya que la Palabra puede ser verdaderamente luz para nuestro camino y lámpara para nuestros pasos únicamente si es acogida por un oído abierto y una escucha atenta, vivificada por un deseo que mantiene despierto el corazón.

La luz es, además, una metáfora de la vida misma, como nos recuerda el lenguaje cotidiano, según el cual «nacer» significa «venir a la luz». La Palabra que escuchamos es el pan que alimenta esta vida que permanece en la luz. Los oídos y los ojos son también, según la visión

bíblica, los órganos que mejor expresan la condición del corazón. La ceguera y la sordera, junto con la incapacidad de hablar, son signo de un corazón endurecido y esclerosado, incapaz de creer y de amar. Por el contrario, el corazón de carne se manifiesta en unos oídos capaces de escuchar, permitiendo así tanto la apertura de los labios como la de los ojos. Entonces no solo podremos contemplar la luz, sino también pronunciar palabras de luz, capaces de iluminar.

El camino monástico, que todo monje y toda monja desean recorrer, está marcado por estas etapas: cada día vuelve a comenzar, o mejor aún, se deja comenzar de nuevo por una Palabra escuchada con actitud dócil, humilde y obediente, dejándose iluminar por ella, para llegar, como hijos del día y de la luz, a la unificación de un corazón que pasa de ser de piedra a convertirse en un corazón de carne. Entonces podremos contemplar el misterio de Dios que se oculta y se revela en los pliegues ordinarios de la historia. La luz en la que permanecemos y que ilumina nuestros pasos es también la luz de un discernimiento atento, que nos permite comprender cuáles son hoy las decisiones que debemos tomar, las orientaciones hacia las que debemos dirigirnos y las opciones que estamos llamados a asumir.

Debemos preguntarnos, por tanto: ¿cómo puede un monasterio benedictino llegar a ser verdaderamente un lugar de luz? ¿Qué significa serlo? ¿Cuáles son las condiciones necesarias? Cada comunidad podría hacerse estas preguntas y buscar respuestas acordes con su propia historia, sus características particulares, el ambiente en el que vive y las relaciones que habitualmente cultiva. Quisiera proponer algunas orientaciones que pueden facilitar el inicio de esta reflexión.

LUGAR QUE ATRAE

Para un monasterio, ser un lugar de luz significa, ante todo, ser un lugar que atrae, donde las personas se sienten acogidas y escuchadas, según los rasgos característicos de la hospitalidad benedictina descrita en el capítulo LIII de la Regla. El huésped recibe luz de la comunidad que lo acoge y, al mismo tiempo, él mismo aporta luz, si se sabe reconocer en él la visita de Dios, quien precisamente a través de su «insistencia» — como sucede con el amigo importuno de la parábola de Lucas 11 — puede iluminar la vida de una comunidad, poniendo de manifiesto tanto sus rasgos luminosos como aquellos aspectos más oscuros que todavía permanecen en las tinieblas y esperan una palabra de luz que los ilumine y los evangelice.

Montecasino, por su estructura arquitectónica y por su situación geográfica, al estar emplazado en la cima de una colina, recuerda la ciudad situada sobre el monte de la que habla Jesús en el gran Sermón de la Montaña: una ciudad que no puede permanecer oculta, sino que se presenta como «luz del mundo». Las piedras blancas del edificio, especialmente cuando reciben la luz del sol, le confieren un resplandor verdaderamente singular. Cada abadía y cada monasterio, por pequeños que sean, poseen siempre una luz propia que atrae

la mirada y el corazón, una luz que puede ser puesta en valor de acuerdo con las características particulares de cada edificio monástico y de cada una de sus iglesias.

ATRACCIÓN, IRRADIACIÓN Y CONTAGIO

De este modo, nuestras abadías y monasterios pueden y deben vivir esa forma particular de evangelización que se realiza tanto por atracción como por irradiación y contagio. Ya hace varias décadas hablaba de ello el cardenal Carlo Maria Martini en la carta dirigida en 1991 a la ciudad de Milán, cuyo título retomaba las palabras dirigidas por Dios a Jonás, el profeta desobediente y reticente: «Levántate y ve a Nínive». Distinguiendo diversas formas de evangelización, todas ellas necesarias para la Iglesia en su diversidad, el arzobispo de Milán escribía:

«Se evangeliza de muchas maneras. [...] Evangelizar por atracción: así actúa la primera comunidad de Jerusalén, que, incluso sin enviar misioneros, ve acudir a ella “la multitud de las ciudades vecinas de Jerusalén” (Hch 5,16).

Evangelizar por irradiación: como la lámpara puesta sobre el candelero o la ciudad situada sobre el monte, “para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16), o “como una lámpara que arde y brilla”, cuya luz alegra a quienes la contemplan (cf. Jn 5,35). Se evangeliza también mediante “una conducta irreprochable entre los paganos, para que..., al ver vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios en el día de la visita” (1 Pe 2,12).

Evangelizar por contagio (un matiz del modo anterior): del mismo modo que una lámpara enciende otra lámpara, o una sonrisa suscita otra sonrisa. Puede realizarse de persona a persona, de grupo a grupo o de una comunidad a personas concretas que se dejan contagiar por la alegría de la fe vivida en esa comunidad: “He venido a prender fuego en la tierra” (Lc 12,49). Incluso quienes “se resisten a creer en la Palabra” pueden “ser ganados sin palabras al contemplar vuestra conducta” (cf. 1 Pe 3,1-2).»

La luz del Evangelio debe iluminar la vida de nuestras comunidades monásticas para que, a su vez, ellas puedan iluminar a otros, irradiando luz, atrayendo y contagiando.

LA LUZ DE LA CRUZ, DEL LIBRO Y DEL ARADO

En nuestros monasterios la luz ha generado cultura. Por eso, san Pablo VI, al proclamar a san Benito patrono principal de Europa, recordaba cómo los monjes benedictinos, con la luz de la Regla y con el testimonio de su vida, ofrecieron una contribución sustancial e insustituible al nacimiento y al crecimiento del continente europeo. Posteriormente, esta luz se irradió hacia otros continentes a través de numerosas fundaciones monásticas, no solo con la cruz (la dimensión de la fe) o con el arado (la dimensión del trabajo), sino también

con el libro (la dimensión de la cultura). Todavía hoy Montecasino, al igual que la mayor parte de nuestras abadías, custodia patrimonios culturales y artísticos de valor incalculable, que pueden ser aún más valorizados para que, atrayendo a visitantes y peregrinos, puedan irradiar el testimonio de fe que, por otra parte, los ha forjado. En el *Pacis nuntius*, lo que se revela como fundamental no son tanto las imágenes individuales, sino el hecho de que permanezcan unidas, con sus mutuas implicaciones, según aquella dinámica de dilatación y unificación del corazón que he recordado al inicio. La cruz, es decir, la fe, se hace libro y, por tanto, cultura; y la cultura, a su vez, se encarna en el trabajo, en un compromiso solidario dentro de la historia para la transformación del mundo. Por otra parte, el compromiso histórico está inspirado por la fe y animado por una visión cultural; la cultura misma no separa a Dios del hombre, ni la inmanencia de la trascendencia; la vida espiritual es huida de la mundanidad, pero no del mundo, y no solo da un alma al trabajo, sino que se alimenta del propio trabajo y lo asume como lugar de crecimiento humano y espiritual. Y así sucesivamente. El padre Bartolomeo Sorge, jesuita, teólogo y experto en Doctrina Social de la Iglesia, durante muchos años director de *La Civiltà Cattolica*, afirmaba en un discurso pronunciado en Montecasino en 1980, con ocasión del XV centenario del nacimiento de san Benito:

«En esta síntesis entre fe, cultura y trabajo se encuentra la esencia del mensaje de san Benito, la originalidad de la institución benedictina. En esta síntesis entre cruz, libro y arado reside también la inspiración, la misma idea de Europa».

Debemos preguntarnos, por tanto, no solo cómo custodiar y valorizar este patrimonio cultural heredado del pasado, sino también cómo, hoy, en la era de la inteligencia artificial y de la revolución digital, continuar iluminando con la fe las culturas contemporáneas, preocupándonos sobre todo por «custodiar lo humano», como nos impulsa a hacer el papa León XIV en *Magnifica humanitas*.

Al menos en lo que se refiere al libro y al arado —pues evidentemente es diferente la cuestión relativa a la cruz—, estos elementos caracterizan una forma más amplia de pensar y de decidir, que ya no puede circunscribirse únicamente a la sabiduría cristiana y mucho menos a los monasterios. Ha tenido lugar una transmisión de valores que realmente han logrado penetrar y hacer fructificar una realidad humana muy amplia. Esto sitúa al monacato en una condición favorable para poder reavivar el diálogo y el encuentro con otras visiones del mundo, que encuentran en algunos valores un punto de convergencia y de comunión. No estamos solos; junto con muchos otros podemos comprometernos por una cultura integral y por un trabajo verdaderamente humanizado y humanizador. Junto con muchos otros podemos comprometernos también a combatir las desviaciones que afectan igualmente a estos ámbitos, a veces de manera dramática, haciendo que la cultura se convierta en subcultura y que el trabajo siga siendo una experiencia de esclavitud y no de libertad. En este campo no estamos solos: podemos tejer alianzas, proyectar colaboraciones, trazar caminos comunes y aceptar el desafío de iluminarnos mutuamente.

LA LUZ DE LA BÚSQUEDA

Podemos ser lugares de luz si seguimos cultivando la actitud de ser buscadores de Dios, y hacerlo junto con muchos otros, especialmente con quienes, por los motivos más diversos, frecuentan nuestros monasterios. Debemos saber ofrecer lugares de encuentro y de convergencia, de escucha y de diálogo, de acogida y de comprensión, acompañando los caminos de búsqueda, incluso cuando no son conscientemente caminos religiosos o espirituales, sino que siguen siendo, en todo caso, búsqueda de sentido, de vida, de verdad, de justicia y de paz. Ciertamente, es necesario sostener la búsqueda de Dios, a quien, sin embargo, también se busca cuando todavía no se sabe o no se puede pronunciar su nombre. Sin saberlo, se le busca igualmente, pensando que se está buscando otra cosa. Es necesario acompañar los caminos para volver a encender el corazón, como hace el Resucitado, todavía no reconocido, con los dos discípulos que caminaban hacia Emaús, decepcionados en su esperanza, para que el corazón vuelva a arder en el paso de la desilusión a la esperanza, en la ampliación de los horizontes y en la purificación de la mirada. Lo que debe preocuparnos es que la búsqueda sea auténtica. Cuando san Benito, en la Regla, propone la búsqueda de Dios como único criterio para discernir la autenticidad de una vocación monástica, añade un adverbio decisivo: *si revera Deum quaerunt* (RB 58,7). ¡Revera! Si verdaderamente lo buscan. Debemos estar atentos a la verdad de una búsqueda, porque si se la conduce como una búsqueda sincera, aquel a quien buscamos se deja encontrar. Nosotros lo encontramos y otros, junto con nosotros, lo encuentran. Lo encontramos después de haberlo buscado juntos, en la verdad. No debemos preocuparnos ante todo por decir quién es aquel que hemos encontrado, porque llegar demasiado pronto a compartir esta respuesta significa interrumpir el diálogo. En el contexto plurirreligioso en el que vivimos, comenzar el diálogo a partir de la respuesta significa hacerlo inaccesible, abortarlo antes de tiempo, transformarlo en un diálogo entre sordos o entre quienes no escuchan porque solo se preocupan de hablar. Esto no significa renunciar a la propia fe, relativizarla u ocultarla. Significa creer con una fe viva, con una fe cierta e invencible, en el Señor Resucitado; es decir, con una fe tal que no puede dudar de que, si buscamos verdaderamente, no podremos sino encontrarlo a Él, incluso cuando se nos revele como un desconocido, un forastero, alguien cuyo nombre todavía no conocemos. Pero es Él a quien encontramos, no a otro. Es necesario, sin embargo, buscarlo verdaderamente, y buscarlo en los lugares de la vida, de la vida tal como es, tal como se presenta, tal como las personas la experimentan, más allá de una fe conscientemente asumida. También para nosotros permanece viva la pregunta dirigida a las mujeres junto al sepulcro, tal como resuena en el Evangelio de Lucas: ¿por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí. Id a otro lugar. No podemos pretender que las personas encuentren al Señor resucitado si seguimos conduciéndolas hacia sepulcros de muerte, en lugar de acompañarlas hacia los lugares de la vida y de la luz, mediante una búsqueda verdadera que no podrá sino conducir —lo repito— al encuentro

con Él, porque Él, y no otro, es el Viviente; Él, y no otro, es el Resucitado; Él, y no otro, es el Señor.

LA LUZ DE LA ORACIÓN

Finalmente, podemos ser lugares de luz si somos verdaderamente lugares de oración, en los cuales la Palabra escuchada, meditada y orada en la *lectio divina* abre los ojos a la contemplación de la luz que viene de la luz, y el misterio celebrado en la Eucaristía hace luminosa nuestra mirada al recordar a Aquel a cuyo amor no debemos anteponer nada, porque Él no antepuso nada, ni siquiera su propia vida, a nuestra salvación, como recuerda san Cipriano comentando el Padre Nuestro, en un pasaje del que probablemente san Benito tomó el criterio que nos entrega en su Regla: no anteponer nada al amor de Cristo. Cada día, orando al ritmo de la Liturgia de las Horas, vivimos el paso de las tinieblas de la noche a la luz del día, un paso que también los salmos nos hacen recorrer. Nuestra oración se deja así marcar en sus ritmos por el curso del sol, que en su ocaso y en su nuevo surgir evoca el misterio pascual de Cristo, verdadero sol que nace de lo alto sobre nosotros para «iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz», como rezamos cada día al salir del sol en Laudes.

En esta solemnidad de san Benito, patrono de Europa, que celebramos hoy, 11 de julio de 2026, el año de la paz llega a su término para volver a abrirse al año de la luz. Que el Señor ilumine verdaderamente nuestros pasos por el camino de la vida y de la paz. Que san Benito, que contempló el mundo entero recogido en un único rayo de sol, interceda por nosotros, para que también nuestros ojos se abran a contemplar la verdadera luz, de modo que nuestra vida personal y la vida de nuestras comunidades se conviertan en una vida luminosa, que evangeliza por atracción, irradiación y contagio, con la cruz, el libro y el arado.

Montecassino, 11 de julio de 2026

Solemnidad de san Benito, patrono de Europa

+ Luca Antonio Fallica, osb
Abad ordinario de Montecassino